

EN POMPEYA

En los jardines del palacio de Chantilly vi una vez cómo unas carpas se apretujaban faltas de espacio en un pequeño estanque. La superficie del agua era la de sus bocas abiertas hacia arriba acarreando para abajo aire desesperadamente. En Pompeya la asfixia hacía ya mucho que pasó, pero en el museo se le transportaba a uno al instante mismo de la asfixia. Un hombre estaba en cuclillas tapándose la nariz con la mano. Otro estaba echado boca abajo con la cara apretada contra el brazo para no dejar entrar la ceniza por la tráquea. Patas arriba y con sus fauces irremediabilmente abiertas, un perro trataba de escander el hocico bajo la piel.

"Me quitó el aire que yo respiraba.
El asirio tiene mi corazón en su mano."

El Poema de Osip Mandelstasm desde la Rusia de comienzos de los treinta resuena en mis oídos cuando salgo a la clara y desierta ciudad en en que sol de enero acaricia pesadas piedras y pilares. Por alto de todos los muros corre el canto de los pájaros invadiendo las callejas, y tras una valla asoma la boca abierta de una perro de lengua jadeante y mirada alegre. -Sei vivente? Junto a un crepis que recién abrió sus hojas, en el templo de Apolo respiro lentamente este aire que una vez fue perdido. Y de nuevo me vienen las palabras de Mandelstam desde un tiempo de persecución en el que sin piedad se cortaron las vías del aire:

"pero amo esta pobre tierra,
pues no otra he visto."

(Ur fromma intet 1976)

